

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 14-16 AÑOS

PRIMER ACCÉSIT:

La reunión de los ilustrados navarros Josu Lecea Casajús

En pleno verano del año 1789 se conoció en Pamplona el estallido de una revolución en Francia. La noticia la recibieron con gran regocijo los pensadores ilustrados. Estos personajes se reunían en un sótano al que se accedía por una trampilla en la sede de la Diócesis de Pamplona. El que les facilitaba esta entrada era un fraile lego, familiar de uno de ellos. Algunos de estos pensadores eran: el poeta y militar Manuel Sánchez Salvador, que un año antes había publicado su Noche fúnebre en la que describe las inundaciones que sufrió Sangüesa por la crecida del Aragón en 1787; el académico y escritor José María Zuaznávar, que escribirá sobre las dos regiones donde pasó su vida, Navarra y Canarias; el capuchino Nicolás de Eslava, que fue ministro provincial y quiso implantar medidas ilustradas desde su puesto; el marqués de San Adrián, José María Magallón y Mencos, importante ilustrado navarro; José María Magallón y Armendáriz, hijo del anterior; Martín de Goicoechea, comerciante acomodado de ideas liberales y consuegro del célebre pintor Francisco de Goya...

El día 30 de julio se celebró una reunión en aquel peculiar café. Cada uno llegó a la hora convenida –las seis de la tarde– y, cuando se encontraron frente al arzobispado los diez citados, llamaron a una de las puertas de servicio. El lego les abrió y condujo por la trampilla secreta. Debían andar con cuidado porque el pasadizo no era muy alto ni muy ancho. A alguno se le rasgó un poco la casaca al rozar contra la áspera pared. La sala estaba decorada con unos

sillones, dos escritorios y estanterías llenas de libros y documentos. Magallón tomó la palabra el primero:

–Queridos amigos. Supongo que os habréis enterado de los sucesos que se están viviendo al otro lado de los Pirineos.

Se oyeron mudos síes entre los presentes.

–La revolución era necesaria, compañeros. El rey estaba asfixiando al pueblo con impuestos para darse mejor vida a él y a los cortesanos.

–¿No creéis, señor marqués, que el uso de la violencia no ha de ser necesario para la revolución? –preguntó Zuaznávar.

–No, si esa violencia sirve para hacer ver a la monarquía el malestar de la plebe.

–He oído –dijo Goicoechea sacando una pipa de barro– que el marqués de Lafayette, el héroe de la Guerra de Independencia americana, dirige la Guardia Nacional, que viene a ser como un ejército del pueblo.

–No habéis oído mal, señor Goicoechea –contestó otro ilustrado vestido con casaca azul cielo–. Es la razón del ataque a la Bastilla.

–¿Cómo así? –preguntaron al unísono Zuaznávar y Eslava.

–Porque tal milicia necesita armas y munición. Las armas las han conseguido de un arsenal bien provisto de fusiles y cañones. La munición creían que la hallarían en el interior de la prisión.

–¿Y la hallaron? –volvieron a preguntar el académico y el capuchino.

–Lo desconozco. Mi primo, que vive en París, me ha ido informando de la situación de París por carta.

–Señor Eslava, vos como eclesiástico, ¿qué opinión profesáis acerca de lo ocurrido en París? –preguntó el marqués.

–Afirmo que la situación era desesperada y que se necesita una Constitución, pero temo que las ideas volterianas y rusionianas afecten al clero francés. Ya sabéis la aversión de Voltaire hacia el catolicismo.

–Nosotros también necesitamos esa Constitución que tanto piden nuestros vecinos –dijo el hijo del marqués tomando una copa de vino– ¡Arrayua, qué asco de vino!

–Mejor el vino que la cerveza –exclamó Sánchez Salvador–. Un amigo mío inglés me dio a probar tal brebaje y no pude beberme ni un trago. ¡En Inglaterra se lo toman a jarras!

–Por muy borrachuzos que os parezcan los ingleses tienen un Parlamento que gobierna junto al rey –contestó el ilustrado de la chaqueta celeste.

–Podemos dejar el tema de las bebidas para otro momento. Centrémonos en lo que debemos discutir.

A pesar de ser todos ilustrados, cada uno tenía su forma de ver la participación del pueblo en el Gobierno. Eslava había implantado medidas ilustradas en Navarra, pero su condición de clérigo le hacía defender también los valores cristianos. Los de San Adrián eran los que se posicionaban más amigos de la revolución. Zauznávar era ambiguo. No se sabía muy bien de qué pie cojeaba pero era un gran erudito y un magnífico orador por lo que era agradable invitarlo a las tertulias. Goicoechea podría posicionarse del lado de los de San Adrián por su afinidad con las ideas que impulsaron el asalto a la Bastilla. Por ese pensamiento, años más tarde tendría que exiliarse junto a Goya en Burdeos por la represión fernandina.

–Señor marqués, la violencia no se puede justificar. El asesinato del gobernador de la prisión ha de ser condenado– dijo el capuchino.

–También deberían ser condenados los asesinatos indirectos que están causando el rey y la nobleza feudal que explotan a los pobres que no tienen ni un mísero pedazo de pan que meterse entre pecho y espalda.

–Coincido con vos –exclamó Goicoechea.

–¡Bien dicho! –gritaron dos asistentes que hasta ahora no habían participado.

Tras discutir un buen rato y exponer sus opiniones acerca de la Revolución francesa, el fraile que les había abierto la puerta llegó para avisarles de que un hombre preguntaba por el señor Goicoechea. El caballero cogió su capa, pues aquel día se había despertado frío y ventoso, y recorrió el mismo camino que había hecho para entrar. Al salir de la Diócesis se encontró con un joven de veinte a veintitrés años, vestido austeramente con un traje negro y un sombrero sin plumas. Parecía un seminarista. El muchacho alargó un papel al señor Goicoechea y dijo:

–De parte de doña Juana.

Al oír ese nombre, don Martín cogió el papel, lo desdobló y con los ojos abiertos de par en par comenzó a leer. La carta la había escrito su esposa, doña Juana Galarza. Le contaba la situación en la que se encontraba la finca donde vivían. La casa había sufrido un grave incendio y se habían perdido algunos retratos de los antepasados de don Martín y parte del mobiliario.

Gracias a Dios, ni doña Juana, que estaba encinta, ni sus hijas, Gumersinda y Manuela, habían sufrido daño alguno. Don Martín llevaba varias semanas fuera de casa y quería regresar a su caserío pero los negocios con la Compañía de Filipinas, de la cual era accionista, parecían interminables. Las tertulias hacían que la estancia en la capital resultase más agradable y solía visitar a menudo la casa donde se hospedaba el marqués de San Adrián.

–Partiré ahora mismo para Alsasua– se dijo Goicoechea para sí.

Fue a la taberna donde había dejado su caballo, lo mandó ensillar y partió al galope en dirección a Vitoria. Sabía que llegaría en torno a las once o doce de la noche pero no le importaba enfrentarse a la oscuridad de los campos de Navarra. Cuando ya oscureció, el viajante echó la vista al cielo observando las brillantes estrellas de una noche de verano. Paró en una fonda para que su montura reposase. En la taberna se encontró con Mazquiarán, un viejo amigo de Alsasua.

–¿Qué tal te va, Martincho?

–Estoy preocupado. Ha habido un incendio en mi casa.

–¡Vive Dios! ¡Qué desgracia!

–A Juana no le ha ocurrido nada. Tampoco a las niñas.

–Lo celebro. Ves cómo los ángeles existen. Brindemos por lo que se ha salvado.

–Ea, pues. Brindemos.

Y ambos, con sendas copas de vino, brindaron por el artificio de ese ángel de la guarda.

Al terminar su conversación, don Martín continuó su camino y llegó a Alsasua en torno a las once y media de la noche. Las calles estaban desiertas pero a lo lejos se oía la canción en vascuence de uno que se había pasado con el vino. Arribó al caserío pero no encontró ninguna luz en su interior. Llamó varias veces y no obtuvo respuesta. Decidió ir a casa de unos amigos en el centro del pueblo. Al llamar vio asomarse a la ventana el ancho rostro de doña Juana. Abrieron y entró. Agradeció a sus amigos que hubiesen acogido a su esposa y a las niñas. Al quedarse a solas con su mujer, don Martín la avisó de los acontecimientos que estaban ocurriendo en Francia.

–¿Crees que va a afectar en algo a España?

–Pienso, querida, que dentro de unos años, los efectos de esta revolución tendrán su relevancia en nuestra nación. Espero que si tal cosa ocurre venzan los que apoyan el progreso, la Ilustración y la Libertad.